

Tots amb ELLa

Después de pasados ya 16 meses desde mi llegada a este nuevo país he pensando escribiros aprovechando este tiempo de vacaciones del que estoy disfrutando. En primer lugar y como sabéis, deciros que os recuerdo cada semana y rezo por todo el grupo sin excepciones, o como dice nuestra oración: *“Te pido Señor, en especial, por aquella persona del grupo que más lo necesite hoy, sea quien sea”*.

Del mismo modo os doy las gracias por vuestras oraciones, las cuales sin ser escuchadas por mi si lo son por Aquel que me ha llamado, y El, sabe mejor que nadie como hacer un muy buen uso de estas.

Mi vida aquí en la zona de los alrededores de la ciudad de Kinshasa llamado Ma Campagne la paso entre la oración, el estudio, la pastoral y el conocimiento muy poco a poco de esta tan diferente cultura de la nuestra. De las partes citadas que componen mi jornada, como os podréis imaginar la más importante es la Oración y esto lo digo con conocimiento de causa ya que sin ella ya habría vuelto a mi pueblo hace tiempo. Puesto que no tendría ciertamente razones suficientes para seguir este camino, puesto que sin Dios no hay fundamento que pueda sostener nuestra presencia aquí. Ya que que no disponemos ni de los medios ni de la capacidad para resolver solo algunos de los problemas que sufre este pueblo. Problemas debidos principalmente a la dirección e utilización de los recursos naturales de este país por parte de nuestro querido Occidente y por la más que abrumadora corrupción en la que viven los gobernantes de estos países. Solo por dar un ejemplo os diré que en La R D del Congo el 80% de la población vive en la miseria cuando en realidad este país es uno de los más ricos del Continente. Por otro lado aquí, no comemos ni paella, ni caracoles, ni hacen toros por la calle, ni hay procesiones de Semana santa, ni puedo ir a ver jugar al Barça, ni puedo rezar con vosotros/as, ni tengo a mi familia, ni, ni,,,.

Pero si hay otras muchas cosas, como lo es la sonrisa de la gente aunque viva en la miseria material, la misa primera todos los días a las seis de la mañana, con una Iglesia casi repleta, una pastoral en el Orfelinato “Mama Viviane” el cual visito jueves, sábado y domingo si me es posible y en el cual juego con los niños y niñas a veces hasta casi desfallecer, en fin tantas cosas. Yo, modestamente en el día a día intento descubrir a Dios en lo cotidiano y dejarme sorprender por su infinita misericordia.

He pensado compartir con vosotros/as esta modesta reflexión y de este modo hacerme en la medida de lo posible un poco más presente entre vosotros/as en nuestro encuentro semanal con el Señor.

En un principio pensé en preparar la oración semanal, pero no sabiendo cuando recibiréis mi carta, he pensado sea mejor compartir con vosotros/as esta reflexión que leía no hace mucho tiempo y que espero os guste al menos tanto como a mí. Se titula “El Desierto”.

El desierto, como lugar geográfico y también como símbolo de una situación en la que se encuentra el hombre, no tiene por qué manifestar totalmente sus propiedades, formas e imagen, desde el principio. El desierto geográfico se manifiesta de una forma paulatina. Cada vez hay más arena, cada vez hay menos árboles, cada vez hay más dunas. Al principio se encuentran con más frecuencia oasis. Lo mismo sucede normalmente con el desierto humano.

El desierto puede manifestarse de una manera total; eso significa que puedes ser despojado de todo, lo cual equivale a una gran tormenta de tentaciones, y a una especial presencia del dios misericordioso. Y también puede manifestarse de una manera parcial a través de algunos de sus elementos.

El desierto, como prueba a la que es sometida la fe, como llamada a vivir la fe, puede ser cualquier situación difícil, pérdida de relaciones con otra persona, enfermedad, soledad o cualquier otra situación. Un desierto por excelencia pueden ser los estados de ánimo difíciles, llenos de aridez; cuando te parece que Dios te ha abandonado, cuando no sientes su presencia y cada vez te es más difícil creer en ella.

El desierto puede ser “impuesto” por Dios o también puede ser el resultado de nuestra libre elección. Puede ocurrir que tú mismo desees la situación del desierto, en la que buscaras el silencio, el despojamiento y la presencia del Señor. En el desierto encontraras al adversario, pero sobre todo encontrarás a Dios. Podrás encontrar a lo más profundo de ti y descubrir *la verdad sobre ti mismo*, pero también podrás descubrir lo más importante de todo: *la verdad sobre Dios*. Jesús, que antes de iniciar su vida pública se fue al desierto, parece decirte: “Mira, no estás solo, yo estuve aquí antes que tú; yo estuve cuarenta días hambriento, y también lo pase mal; nunca estas solo; trata de creer en mi amor”.

Sea cual sea el motivo de tu presencia en el desierto lo importante, entonces, es que tengas muy presente que te encuentras ante una gracia, ante la gracia del desierto. Si en estos momentos te encuentras en el desierto, debes estar agradecido a Dios. Dale las gracias por las dificultades, por tu enfermedad o por tu soledad; por no ser comprendido, por tener una pesadilla en el hogar o en el trabajo; o por sentirte incapaz para resolver tus problemas. Esas situaciones son elementos del desierto. Trata de ver que en todo ello Dios está presente y te ama.

El desierto es un lugar de pruebas, es un lugar en el que se radicalizan las actitudes. Estar en el desierto hace que se exteriorice lo que el hombre lleva muy oculto; hace que salgan a flote las pasiones y el mal que el hombre lleva dentro; los cuales afloran cabalmente en las situaciones difíciles. De ahí que el desierto muestre cómo es en verdad el hombre. En el desierto el hombre se convence de su impotencia y de lo que es capaz su pecaminosidad y su dureza de corazón. El hombre se enfrenta allí cara a cara a la aterradora verdad de quien es él, sin el poder visible de Dios. La desnudez del desierto pone al descubierto la miseria del hombre, porque ahí se disipan las ilusiones y no se ofrece ningún escondite. El hombre, normalmente vive de una manera muy superficial, como si todo existiera únicamente todo a flor de piel. Pero las situaciones difíciles, las situaciones del desierto, son las que nos obligan a tomar decisiones que ponen al descubierto nuestras más profundas capas de bien o de mal.

El *don del desierto te permite superar la tibieza* porque el desierto obliga a hacer elecciones. Al elegir, podrás convencerte de lo que eres capaz, y entonces conocerás las dos realidades más importantes: la realidad del inconcebible amor y la infinita misericordia de Dios y por otra parte, la realidad del pecado y de la impotencia del hombre. Mientras seas un cristiano tibio, al que todo le sale bien, y que no tiene problemas de ninguna clase, estarás sumido en una situación que, vista a la luz de la fe, es dramática. Tú mismo te la arreglas, y Dios deja de serte necesario. Esta es una situación en la que en la práctica eres ateo.

En el apocalipsis se encuentra la razón por la que Dios conduce a una persona, a una comunidad o a un pueblo, al desierto: “*Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojala fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres Tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca*” (Ap 3, 15-16).

Para Dios la tibieza en el hombre es una situación inaceptable. Es algo repugnante que El no puede soportar en ti, y por eso, tarde o temprano, tiene que conducirte al desierto. Estar en el desierto radicaliza nuestras actitudes, hace que el hombre no

pueda seguir siendo tibio, le exige volverse caliente o frío. Moisés, el gran santo de la antigua alianza, se santificó en el desierto, y él no fue el único. Pero otros, en cambio, se convirtieron en criminales, en delincuentes, en adoradores de ídolos falsos. A la luz de la fe, es mucho mejor que blasfemes a que seas tibio. Cuando blasfemas, al menos ves con nitidez tu propia maldad. Las blasfemias, de alguna manera, como el eco volverán a ti, y entonces podrás ver cuán grande es el mal que llevas dentro, y te será más fácil convertirte. Los padres de la Iglesia afirman que Dios conduce al desierto para que el hombre pueda creer o blasfemar. *La fe o la blasfemia*, pero no la tibieza. Así sucedió en el desierto bíblico. Muchos maldijeron a Dios, mientras que otros se santificaron. El don del desierto no permite mantener la actitud del ateísmo práctico.

Estar en el desierto te permitirá comprender cuán absurdo es el que una persona juzgue a otra. Te ayudara a evitar que tú mismo emitas juicios sobre los demás. Porque, ¿qué puedes saber sobre alguien que encuentras en tu camino, y en quien supongas que hay mucho mal?

Debes considerar su situación. Él puede estar pasando por un periodo de pruebas; puede encontrarse en la etapa del desierto. Hay, pues, que renunciar a nuestros juicios sobre los demás.

El desierto es un lugar privilegiado para Satanás; porque allí el hombre está debilitado, y con más facilidad cae en las tentaciones. Satanás aprovecha esa situación, ya que el desierto aumenta la posibilidad de la rebeldía.

El simbolismo del desierto en la biblia se relaciona, por excelencia, con la llamada al pueblo elegido para que saliera de Egipto y fuera a la tierra prometida. Desde la cuenca del Nilo hasta Palestina hay una distancia de unos trescientos kilómetros. Esa distancia podía ser superada a pie en unas tres semanas, pero el pueblo elegido necesitó cuarenta años. Dios al llamar a su pueblo al desierto, quiso obligarlo a deshacerse de la seguridad de sí mismo y a someterse a una vida de rigores. Quiso someterlo a ese proceso de despojamiento y de abandono en Dios, necesarios en la vida de la fe.

El desierto es el lugar y el momento de la liberación de los apegos, de los sistemas propios de seguridad. Aquellos que pasan por el desierto aprenden por experiencia a contentarse con lo que Dios les da y a esperar todo de Él. Experimentan la necesidad de apoyarse exclusivamente en Dios, porque Dios *quiere serlo todo para aquel que peregrina por el desierto*. Tanto más penetra Dios en el hombre, cuanto más este se despoja de todo, cuanto más desea responder a la llamada divina y abrirse al amor que recibe.

Cuanto más permite ser despojado de su “yo” y de sus propios apoyos, tanto más Dios puede descender hasta él y convertirse en su único apoyo. Cuando se hacen más profundos los lazos mutuos y misteriosos entre Dios y el hombre, Él más exige un mayor despojamiento, lo cual es una llamada urgente a entregarse cada vez más. Él espera que aquel que le ama esté dispuesto a superar sus posibilidades humanas y acepte ser despojado de todo cuanto es y posee; para ir convirtiéndose en signo de él, para que Dios en él, pueda transformarse en una presencia viva en el mundo. San Ignacio de Loyola dijo: *“Ofrécele a Dios toda tu voluntad y libertad, para que la majestad divina pueda utilizarte a ti y todo cuanto posees, de acuerdo con su sagrada voluntad”*.

El desierto es un tiempo en el que el hombre es formado de acuerdo con la norma que dice que *“solamente lo que es difícil, lo que ofrece resistencia, forja al hombre”*. El amor a Dios, que entonces surge de ti, deberá transformarte, en definitiva, en comunión con el Señor. “Amar- dice San Juan de la Cruz- es trabajar en despojarse

y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios” (Subida del Monte Carmelo II, 5, 7).

El desierto, por consiguiente, no solo es un lugar en el que crece nuestra fe, sino que también se convierte en la patria donde nace la contemplación.

En el desierto de tu vida siempre encontraras a María. Ella estará junto a ti, ella te mirara con su preocupación maternal. Ella la mediadora de las gracias, la mediadora de la misericordia, intercederá por ti. Espera emocionada a que digas, imitando su ejemplo, tu propio “fiat”, a que digas tu propio “si”, a que veas en las experiencias vividas a Dios. El pueblo elegido no tenía a María. Tú la tienes y por eso jamás estarás solo. Ella, que vivió tantos momentos difíciles, siempre ira delante de ti. Sera para ti una luz, te mostrara el camino hacia su Hijo. Entonces tu oscuridad desértica estará iluminada por su presencia.